

Libros

DOMINGO MORATALLA, Agustín: *Ciudadanía activa y religión. Fuentes pre-políticas de la ética democrática*, Ediciones Encuentro, Madrid 2011, 264 pp., ISBN 978-84-9920-071-2.

Las obras del filósofo Agustín Domingo Moratalla siempre están impregnadas de un rotundo compromiso con la realidad. El personalismo comunitario, la hermenéutica crítica y el compromiso práctico son las huellas que siempre aparecen en la amplia y prolífica bibliografía del autor.

En la obra que nos ocupa encara un tema de máxima actualidad. Las relaciones entre ciudadanía y religión que el autor plantea como un «problema estructural en el debate contemporáneo» (p. 11). El libro es una recopilación de artículos publicados. Esta opción dota al libro de una lectura ágil, aunque, en su defecto, aparecen diversos estilos de redacción y reflexión que pueden oscurecer su comprensión global. La introducción del libro es un buen hilo conductor y una buena síntesis de lo en él expuesto.

La tesis fundamental del libro es que las fuentes pre-políticas, especialmente las fuentes religiosas, no son un problema para la democracia sino, en cierta medida, su condición de posibilidad. El hecho religioso lejos de ser un problema posee una «reserva de sentido» (Habermas) esencial para la vida democrática. Pero, y esta es la segunda idea clave, no es posible construir una relación productiva entre ciudadanía y religión si no es desde un concepto activo de ciudadanía. Por lo tanto, el problema no reside sólo en la exclusión de la religión de la vida pública, hecho indudable en nuestras democracias liberales, sino en saber activar a una ciudadanía que la mayoría de las veces muestra más fatiga que fortaleza.

El libro está dividido en tres grandes bloques. En el primero se analiza los discursos o modelos de ciudadanía (Cap. 1); se entra en diálogo con las principales tendencias de la ciudadanía activa en un contexto diferenciado y multicultural. Se nos propone una «teoría de la ciudadanía intra-cultural que integre y no excluya factores culturales (y/o religiosos) donde una ética de la persona no sea sustituida por una política de la ciudadanía» (26). El autor trata de escapar de un concepto de ciudadanía limitado al ámbito jurídico-político.

Los dos siguientes capítulos, 2.º y 3.º, son más pedagógicos (o pastorales); caracterizan de manera muy didáctica la exclusión (o exclusiones) de las religiones de la vida pública. A nivel personal e institucional el hecho religioso aparece oscurecido y replegado sobre sí mismo en una sociedad atravesada por un fuerte secularismo que se convierte en un «dogma emocional» (63) poco esclarecido refle-

xivamente. Frente a la secularidad democrática que hace aparecer un mundo plural y abierto con diversas ofertas de sentido, también las religiosas, el secularismo se convierte en ideología que discrimina acríticamente. En este contexto, dentro de la Iglesia, se vive una época de «debilidad profética y apostólica, dando la impresión de que transmitimos un catolicismo culturalmente invertebrado por estar intelectualmente desinstalado» (47). Y no podemos instalarnos desde una situación de monopolio cultural, ni desde la heroicidad individual de unos pocos. Es necesario el coraje intelectual y la valentía de las prácticas para poder construir, desde una «espiritualidad de frontera» (50) para poder alimentarse de los proyectos de ciudadanía y para que estos proyectos entre en diálogo con las confesiones religiosas. En estos capítulos aparece de manera nítida que cuando se habla de religiones, en el fondo, se está haciendo un discurso centrado en la religión católica. En muchas partes del libro sería más correcto que el título fuera «Religión católica y ciudadanía». La pluralidad queda nombrada pero poco transitada.

La segunda parte del libro, Ciudadanía activa y educación moral, se abre a un talante más educativo. Son dos capítulos centrados en la asignatura de Educación para la Ciudadanía (EpC) pero de carácter muy diverso. El capítulo 4.º encara la temática de manera combativa y severamente crítica, en el 5.º lo hace de manera más constructiva. Quizá en algunas de estas reflexiones el paso del tiempo se hace notar de manera importante. La profundidad de la crisis ha monopolizado los debates, la puesta en práctica de la asignatura se ha desarrollado con mayor normalidad de la esperada y la institución eclesial ha bajado su tono polémico. Pero la raíz del enfoque sigue siendo de plena actualidad y de suma importancia ética, educativa, religiosa y política. El fondo del problema, más allá de polémicas contextuales, es cómo promover una ciudadanía en términos de actividad, motivación y de capacitación para el compromiso. Y esto sólo es posible en diálogo con las tradiciones sociales, culturales y religiosas que son capaces de concebir a las personas «no sólo como poseedoras de la condición legal de ciudadanos sino como poseedoras de la condición moral» (86). Para ello es necesario desmontar argumentos que imposibilitan el encuentro y el diálogo sereno y productivo. Todos debemos aportar condiciones para hacer posible el diálogo; Iglesias, políticos, intelectuales, medios de comunicación... Por ello no es posible dialogar desde una laicidad de combate que impone y no propone, de la misma manera que no es posible desde una cosmovisión religiosa que se comporte como poseedora de toda la verdad sobre los bienes públicos. Quizá este último aspecto aparezca menos resaltado en el libro. Una sana laicidad democrática, o laicidad positiva, reconoce que «sin fuentes religiosas, el pluralismo democrático se resiente y la urdimbre que entreteje las virtudes cívicas acaban perdiendo parte de su savia» (131). Un ejemplo, que analiza el autor de manera muy precisa y pedagógica, es el famoso debate entre Habermas y el actual Papa, un testimonio de diálogo, reconocimiento y argumentación.

La última parte del libro, de carácter más filosófico, tiene cuatro capítulos de temática variada: hermenéutica, tolerancia, violencia y espiritualidad. Su nexo común es cómo articular de manera razonable la circularidad entre ciudadanía activa y propuestas de sentido, especialmente religiosas, en el contexto actual. El capítulo 6.º me

Libros

parece especialmente brillante en su propuesta, recorrido argumentativo y en los autores que le sirven de interlocutores: Habermas, Taylor y Ricoeur. «¿Cómo dar testimonio de lo sagrado con credibilidad filosófica? ¿No ha llegado el momento de construir sin complejos una moral abierta a la religión?» (135) son las preguntas que sirven de partida, y me atrevería a decir, de llegada. El filósofo hermenéuta aparece con nitidez en estas páginas proponiendo un camino y una práctica más que un anaquel de soluciones. La «Edad hermenéutica de la moral» posee una hospitalidad en su argumentación y una propuesta constructiva de la moral muy necesaria en nuestros días.

Ahora bien; difícil es construir sin «un compromiso firme en la búsqueda de la verdad que no disminuye los niveles de tolerancia» (189) —Cap. 7.º— y sin un afrontamiento comprometido con la deslegitimación cultural de la violencia —Cap. 8.º—. Las consideraciones, que se hacen a menudo, del hecho religioso como un ámbito intolerante y violento exigen una reflexión en profundidad para reconocer las malas prácticas pero también para poner en valor las potencialidades de sus propuestas de sentido. Esto es lo que desarrolla el autor en estos dos capítulos. El capítulo conclusivo sobre espiritualidad y desarrollo trata de abrir los programas de desarrollo a un ámbito de realidad diverso, lo que denomina el autor «capital espiritual». Es un argumento muy interesante en diálogo con Sen y otros teóricos del desarrollo que muestra la necesidad de lo humano de trascender para un desarrollo personal y colectivo integral.

El libro es un buen ejercicio de reflexión sobre un tema actual y de futuro. Si los sociólogos creían que en nuestro siglo no existirían las religiones, hoy podemos afirmar que son fuente de sentido y origen de convicciones densas. El autor alcanza sus cotas más altas cuando surge el filósofo hermenéuta y, en mi opinión, baja de intensidad cuando brota el polemista. A un libro de filosofía política se le deben pedir tres cosas: claridad y consistencia en la exposición, sugerencia en la reflexión y provocación en los caminos abiertos. En mi opinión, esta obra posee las tres características.

Sebastián MORA